

COLABORACIONES

# La vida contada

El valor de los cuentos III

por **Soledad Puértolas**



*La tercera participante en el ciclo de conferencias «El valor de los cuentos», que organiza la Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular de Gijón, fue Soledad Puértolas, que reflexionó sobre el origen y la esencia de los cuentos, de los relatos orales, sobre la necesidad de fabulación de los seres humanos, del poder de seducción de los cuentacuentos y, en definitiva, de cómo los cuentos, entendidos como metáforas de la vida, nos permiten vislumbrar eso que llamamos el misterio de la existencia. La autora recordó que ella misma cuando escribió El recorrido de los animales, un cuento que inventó para su hijo, intentó explicarse el origen de la vida humana.*

**E**n mi casa siempre me han contado que aprendí a leer cuando estuve enferma del tifus, antes de los 4 años. Más exactamente, que aprendí a leer una vez concluida aquella larga enfermedad que, por aquel entonces, pertenecía al conjunto de enfermedades casi incurables, hasta que apareció la cloromicetina, creo que así se llamaba esa medicina mágica que apareció justo en medio de mi enfermedad y la de mi madre, ya que el tifus lo compartimos las dos. Pasamos varios meses recluidas en el cuarto rojo del que desplazamos al tío Pedro, el hermano pequeño de mi madre, porque el tifus lo cogimos a finales del verano en Pamplona, cuando aún estábamos en casa de la abuela, antes de regresar a Zaragoza para reiniciar la vida invernal.

Parece ser que en los momentos en que la fiebre me dejaba, sólo pedía que me leyeran cuentos. Uno en especial, cuyo nombre he olvidado, pero sí sé que trataba de animales: gallinas, gansos, aves de corral. Creo recordar que uno de estos animales, quizás una gallina, se escapaba del corral y emprendía sola una aventura. Hasta que alguien la localizaba, no sé si dormida y acurrucada debajo de un puente, no sé si era de noche o de madrugada... Tampoco sé por qué aquel cuento me gustaba tanto, pero el caso es que todos me dicen que yo tenía una obsesión con él y que me lo leían varias veces al día, por lo que yo me lo sabía de memoria y, al parecer, me enfadaba mucho cuando alguien cometía un error, ya fuera un acento mal dicho o una palabra omitida o mal pronunciada. Al parecer yo no perdonaba ningún error. ¿Por qué hacía entonces que me lo leyeran una y otra vez si en realidad me lo sabía de memoria? Supongo que para corroborar que me lo sabía. Para que todas esas palabras que componían el relato quedaran bien grabadas en mi memoria, a cincel, cada vez más nítidas, cada vez más profundo el surco que las formaba.

Así fue como aprendí a leer, porque ya recuperada de la enfermedad, cogí el libro que contenía el relato con mis propias manos y reconocí, una por una, las palabras. Recuerdo que ni siquiera era un libro, sino un cuadernillo de tapas blandas y muy grande, enorme, entre



LAS MIL Y UNA NOCHES, J.J. DE OLANETA, 1998.

mis manos. Me conocía las ilustraciones y las palabras. Las ilustraciones han desaparecido de mi memoria, pero evidentemente las palabras se quedaron para siempre en ella, no en aquel orden, puesto que no puedo recordar más que muy vagamente el cuento, pero se quedaron, porque en seguida cogí otros libros y vi que conocía ya el significado de esos signos, que no eran en absoluto extraños para mí.

Más tarde, durante otras enfermedades, yo siempre estaba en la cama rodeada de cuentos, de tebeos y, luego, de libros. El acto de leer está unido en mi memoria a la convalecencia de mis enfermedades, las numerosas afecciones de garganta que culminaron en la operación tan de aquella época de quitarme las amígdalas, que recuerdo con verdadero espanto. A esas enfermedades le seguía siempre un período de recuperación, y la lectura formaba parte esencial de esos días monótonos pasados en la cama. Luego, quizá cuando casi inmediatamente después de haber superado el tifus, fui al colegio, la lectura está unida en mi memoria a las mañanas de los domingos. Íbamos al Pilar, como es natural en Zaragoza, a misa de doce, y luego mi padre compraba en el quiosco su periódico, que era el *ABC*, y nos compraba el tebeo para nosotras y un fascículo de las

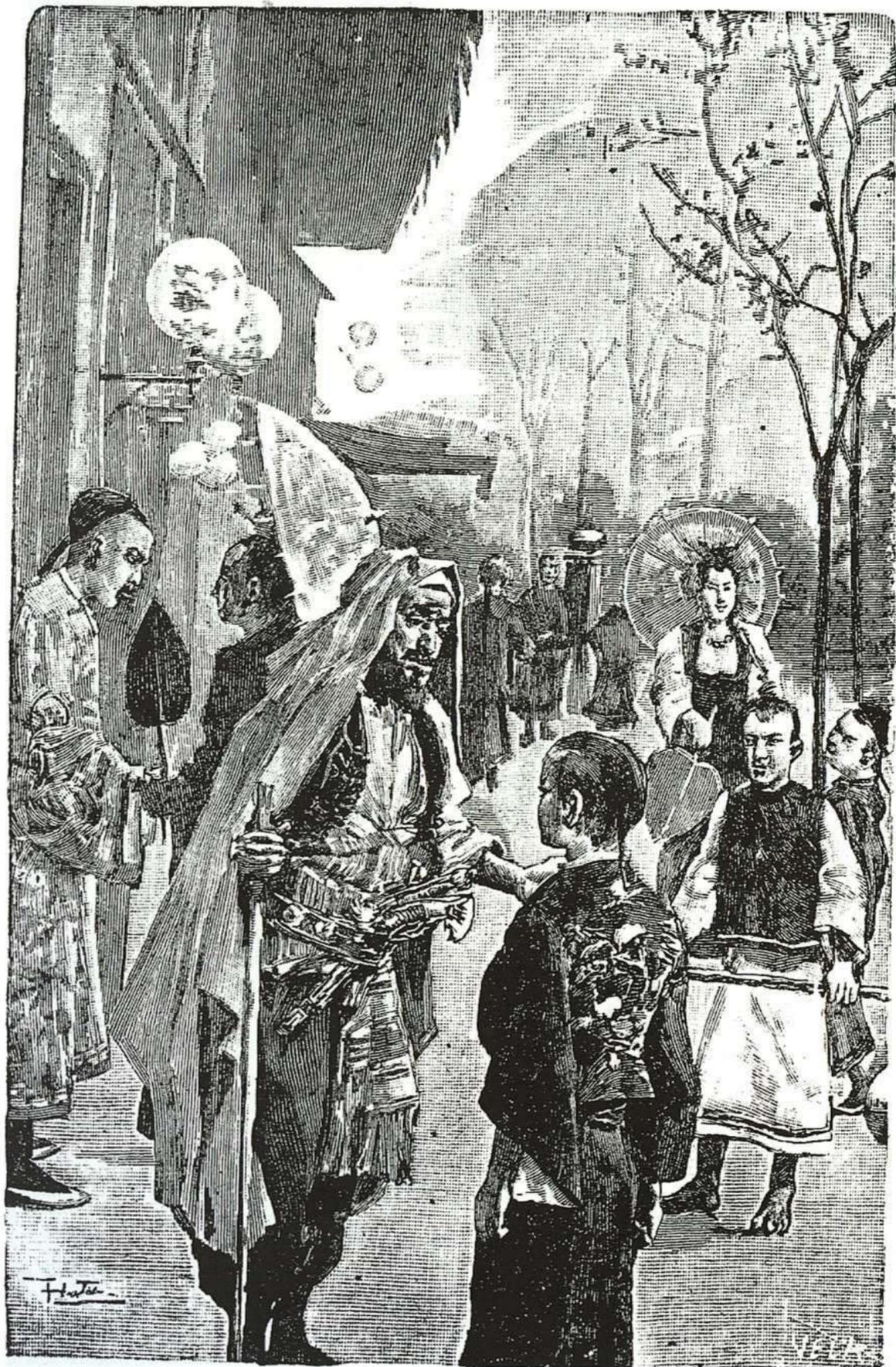
aventuras de Mari Pepa. Mi hermana mayor y yo nos instalábamos después en los inmensos butacones del cuarto de estar, al que ese día accedíamos, y nos sumergíamos en la lectura de los tebeos recién adquiridos. Leíamos con avidez, nos intercambiábamos luego el tebeo y el relato de Mari Pepa y luego, mi imaginación seguía. De allí nació mi necesidad de inventar historias.

### El origen y la esencia del relato

Los relatos orales, como todo el mundo sabe, son el origen de la novela. Es curioso que este oficio de contar cuentos sea uno de los más viejos del mundo, si no el más, como si la necesidad de fabulación del hombre hubiera nacido con él, como si en el mismo instante en que adquiere conciencia de la realidad necesitara salirse de ella, situarse a distancia, quizá, comprenderla.

Los historiadores de las religiones tienen en los cuentos una copiosa fuente de información sujeta a las más variadas interpretaciones y sean cuales fueren las conclusiones a las que lleguen, el punto de partida parece indiscutible: «al ser humano no le basta la vida, nunca le ha bastado».

Los cuentos han ido rodando por el



LAS MIL Y UNA NOCHES, J.J. DE OLANETA, 1998.

mundo desde el Génesis, transformándose de boca en boca, de generación en generación, adquiriendo nuevos detalles, adaptándose a los tiempos y lugares por los que iban pasando, mezclándose con otros cuentos, empezándose así a crear un espejo del pasado, un recuerdo

para los futuros pobladores de la Tierra. Cada vez que un contador de cuentos toma la palabra, parece que el mundo parte de cero y su auditorio se instala en la ignorancia para, al ir escuchando, ir aprendiendo, ir entendiendo. Ciertamente, el contador de cuentos tiene en

ese momento el mundo en las manos. La realidad se va esfumando mientras él desarrolla el relato y ofrece esa otra realidad donde se producen hechos extraordinarios, donde casi siempre se rompen las fronteras del tiempo y se superan las limitaciones de la vida, porque el objetivo máximo, la meta del cuento, es alcanzar la inmortalidad.

## La necesidad de fabulación

Acaso la necesidad de fabulación de los seres humanos sea más fuerte que su necesidad de dar testimonio de la realidad. Es, desde luego, más antigua. Sin embargo, una vez que el auditorio se dispersa, es la inmortalidad la que se esfuma y prevalece la vida con sus limitaciones, obstáculos y penalidades. Un aire escéptico envuelve a los esforzados habitantes de la Tierra que ahora, en medio de los conflictos y los sufrimientos, si alguien fuera a contarles un cuento, responderían con un deje amargo, despedido: «No me vengas con historias», «Eres un cuentista», «Eso es un cuento chino». Porque el cuento está ligado a la mentira y el contador de cuentos, a distancia, es tenido por un embaucador, si bien algunas veces sus embustes nos pueden seducir.

Si ha habido buenos embaucadores, éstos han sido los orientales, y acaso más que ninguno, los chinos. ¡Qué cosas más extraordinarias suceden en los cuentos chinos! Los animales hablan, los hombres se transforman en animales, y extraños y desmesurados premios y castigos se reparten entre hombres y mujeres. El destino, muchas veces cruel, pero otras piadoso, planea sobre las humildes y orgullosas vidas de los seres humanos y puede suceder lo increíble, las mayores venganzas, las más inesperadas recompensas.

El ser humano occidental, como lo demuestran los cuentos de hadas recogidos por los Grimm y Hoffman, autores que admiro, por lo demás, muchísimo y que están un poco en la base de todas mis fantasías literarias infantiles, estos autores han situado el cuento fantástico en el terreno de lo mágico. Pero lo curioso del cuento chino taoísta, es que traza una atmósfera sumamente real, sólo que en su

realidad cabe lo extraordinario. Por lo contrario, la atmósfera de los cuentos de hadas es irreal desde el principio. Los personajes no son hombres y mujeres corrientes, no pertenecen a nuestro mundo, son ejemplares, modélicos.

¿Acaso no está en Oriente, de todos modos, la esencia del relato? Los cuentos por excelencia son los que se recogen en *Las mil y una noches*. Sherezade consigue la clemencia y aun el amor del rey a través de su don poético. Su capacidad de relatar, de atraer y suspender la atención del rey con sus historias le hace valer de la gracia de la vida. Sherezade hace que sus cuentos cobren más realidad que la realidad misma. Los deseos de venganza del rey contra las mujeres se disuelven en la sucesión de noches y relatos interrumpidos.

El rey de *Las mil y una noches* es el ejemplo más perfecto del oyente, el futuro lector. Se entrega por completo. Escucha con sus cinco sentidos. Queda preso en la magia de los relatos y acude, puntualmente, a la cita nocturna con la fantasía. Pide su dosis de irrealidad, de fabulación, de mentira. Frente a él, las rítmicas palabras introductoras: «Te voy a contar un cuento», trascienden su esencia de mentira, el cuento se hace verdad. El cuento, además, trata de una verdad. En razón de su brevedad, de su necesaria concisión, el cuento tiene un centro, a diferencia de la novela que puede tener varios centros, y su final es tanto una conclusión como una invitación a volverlo a empezar o a empezar otra cosa, exactamente como sucede en los relatos de *Las mil y una noches*, a un cuento le sucede otro.

### La inmortalidad del cuento

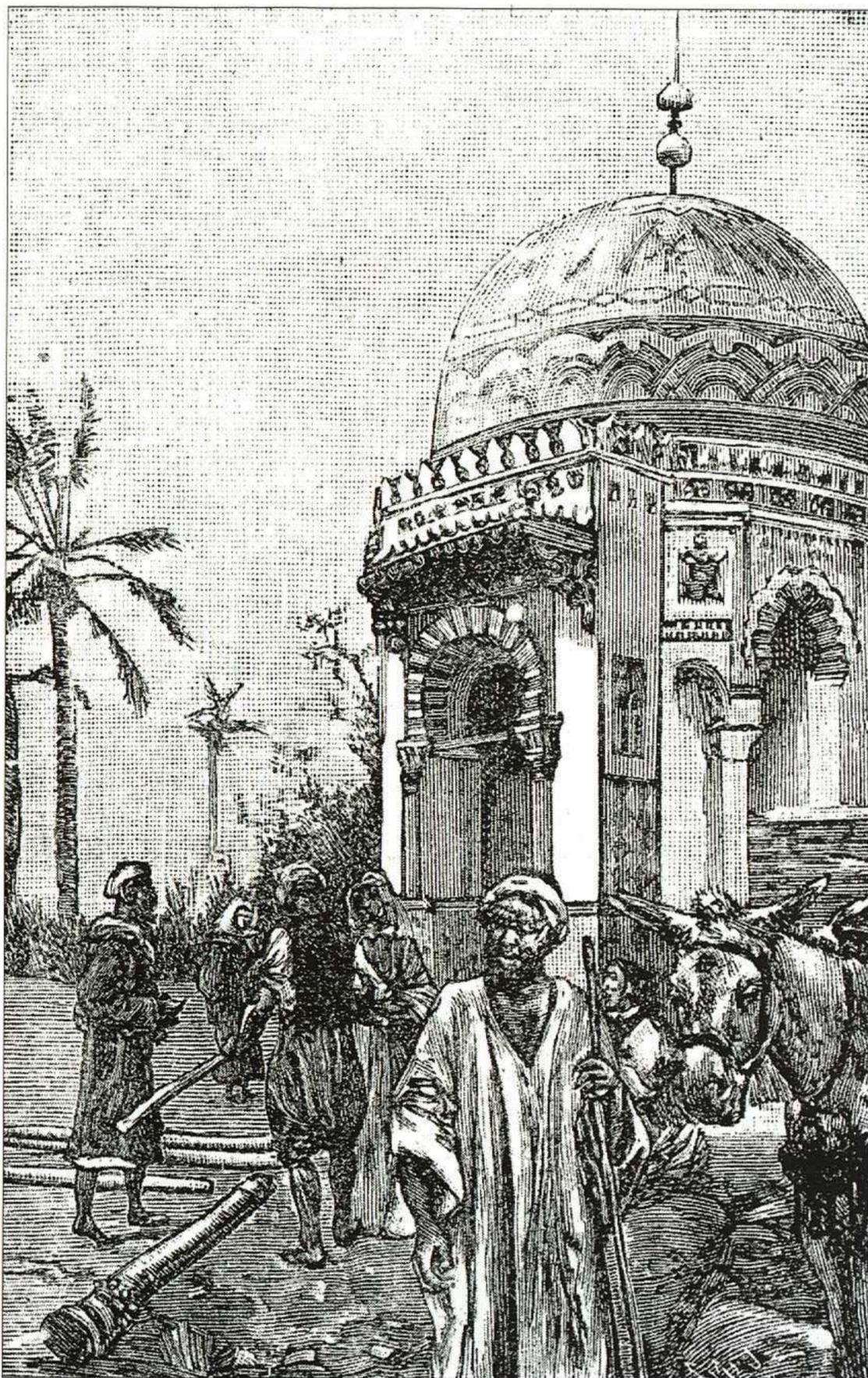
El cuento lleva el germen de algo y cuando acaba no se acaba, está destinado a permanecer, a volver a ser contado, a ser inmortal, pero sólo la verdad es inmortal.

Como la piedra que se lanza al aire, describe una parábola y vuelve a caer sobre la tierra, el cuento, que se eleva sobre la realidad y cae de nuevo en la tierra, trae algo de lo que ha encontrado por los aires. Cuando el cuento concluye, sabemos algo más de lo que sa-

bíamos al principio, sepamos o no formularlo, y tal vez en esta dificultad de formulación se diferencie fundamentalmente el cuento de hoy del cuento clásico, el cuento moral.

El antiguo y claro mensaje, la enseñanza, ha desaparecido en los cuentos de

hoy, pero no nos podemos dejar engañar por esa aparente ausencia de mensaje. Sencillamente, no somos capaces de explicar qué es exactamente lo que nos están diciendo los cuentos de hoy, quizá sólo nos quede una inquietud, una pregunta sin respuesta, pero la función del



LAS MIL Y UNA NOCHES, J.J. DE OLANETA, 1998.

cuento es la misma, nuestra conciencia ha sido sacudida.

¿Cómo ha llegado hasta hoy una tradición literaria tan antigua, tan ligada a la necesidad de transmitir mensajes y enseñanzas a los seres humanos? No deja de ser curioso que en un mundo regido, fundamentalmente, por categorías materiales, se haya dado hasta cierto punto la resurrección del cuento, si es que alguna vez había muerto del todo, o al menos que se haya mantenido vigente. Puede que quienes desde los periódicos nos dan detallada cuenta de las catástrofes y horrores que se suceden en el mundo deseen, al mismo tiempo, ofrecer a los lectores ciertas dosis de evasión, de distancia. A veces nos encontramos ahí los cuentos, entre las noticias y los abrumadores comentarios, los viejos cuentos de siempre, nuevos cuentos que vuelven a producir aquella remota sensación, una brecha, una delgada pero luminosa salida.

Sea como fuere, la necesidad de suplantar la realidad, de señalar una verdad enterrada en el quehacer cotidiano, en ese suceder abrumador de rutinas, desgracias y también de dichas, esa necesidad no ha desaparecido del mundo. Algo nos empuja a romper el hilo conductor de nuestras vidas y a hacernos una pregunta, de sobra sabemos ya que

no hay respuesta. Pero eso no detiene la necesidad de los seres humanos de seguir preguntando, de seguir inventando cuentos.

Sherezade era optimista, confiaba en que el rey le perdonaría su vida al descubrir, a través de sus cuentos, que las mujeres no son tan malvadas, o que no todas son tal malvadas y que alguna, ella, era digna de amor. Confiaba en la eficacia de su lección, creía en su mensaje, consciente de su extraordinario don de contadora de historias.

Los cuentos de hoy, perdidos entre las páginas de un periódico o reunidos en un volumen, no nacen de la misma fe. La fe ha desaparecido, pero queda la necesidad: detener el tiempo, suspender la sentencia, mientras la muerte amenaza. El contador de historias le vuelve la espalda al tiempo y habla de otra cosa, pero no nos engañemos, está hablando de lo mismo, siempre de lo mismo. La piedra lanzada al aire cae sobre la realidad, la vida de Sherezade se parece a las vidas relatadas en sus cuentos, la nuestra, en ese momento, se parece a la de Sherezade.

## Interpretar la existencia

Mi admiración por los contadores de cuentos no me ha capacitado, sin em-

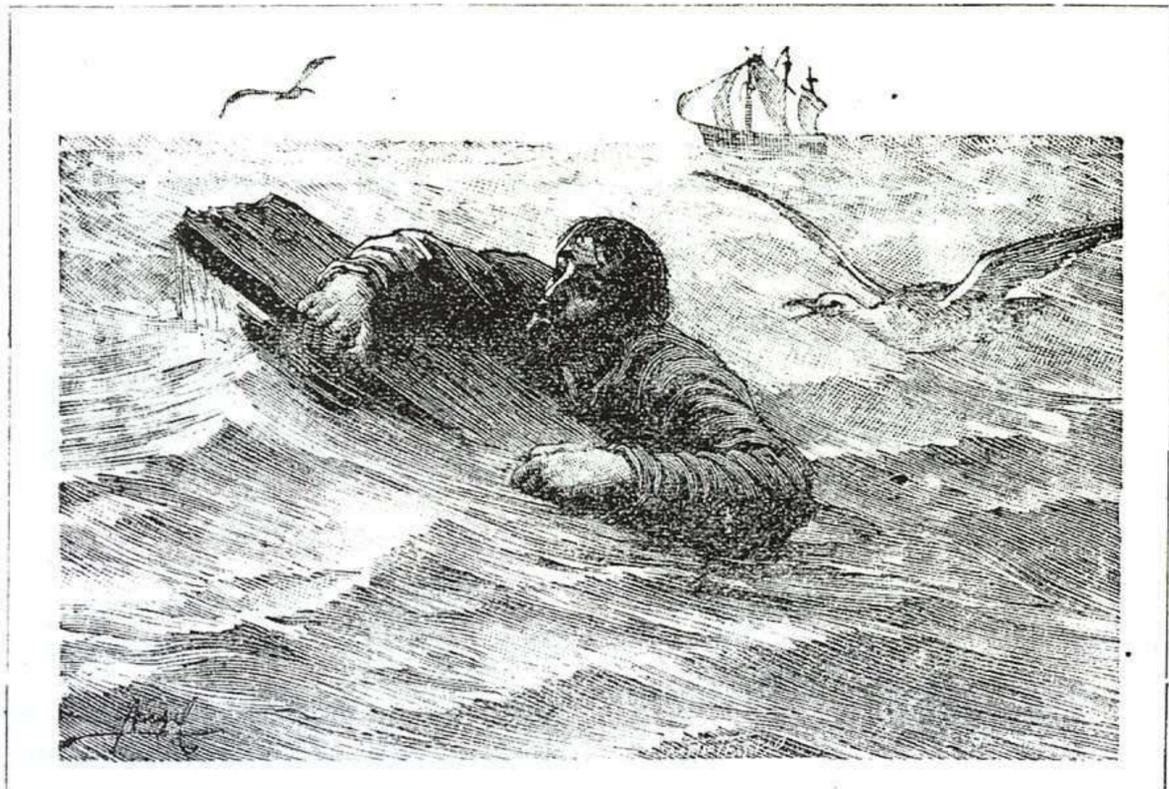
bargo, para convertirme en una de ellos, y lo cierto es que he contado muy pocos cuentos en mi vida, de la misma forma que no recuerdo que nadie me haya contado muchos a mí.

Cuando descubrí que a pesar de estar incapacitada para relatar, podía, sin embargo, inventar cuentos silenciosamente sobre el papel, me quedé asombrada y me invadió una especie de vaga gratitud. ¿Cómo una imaginación que se resistía a elevarse cuando se encontraba rodeada de personas, se volvía tan etérea y volaba entre las nubes cuando no había nadie, cuando la soledad no suponía abandono sino placer? El problema es fácil verlo ahora, estribaba en la gente. Las personas, el posible auditorio, me coartaban y, en lugar de intentar seducirlas, lo único que deseaba era huir. En cambio, en la soledad, sin testigos ni jueces, me sentía libre y mi imaginación se hacía audaz.

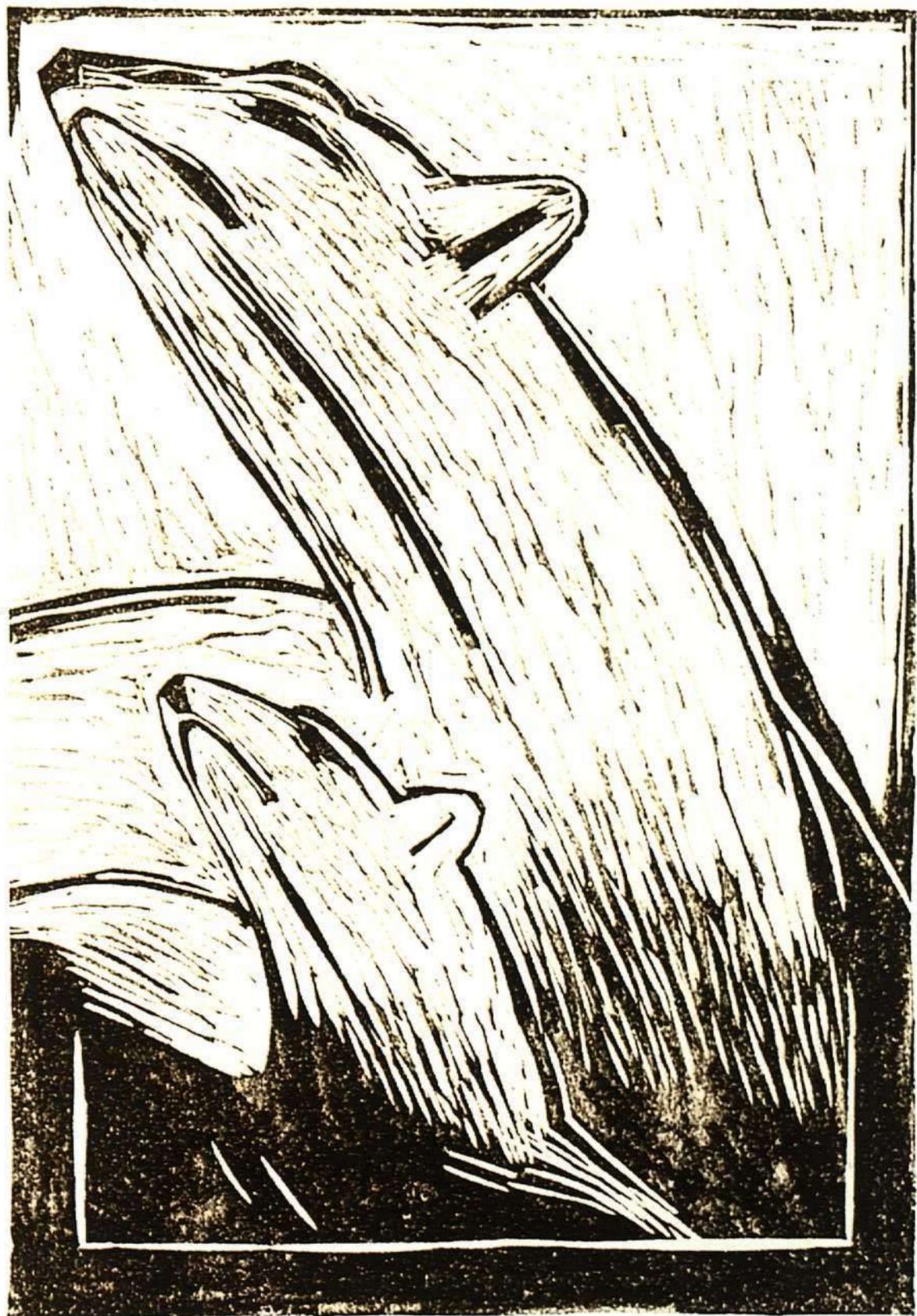
Pero en una ocasión conté un cuento, en mi vida adulta y a mi hijo Gustavo de 8 años. Lo fui escribiendo mientras lo contaba o viceversa, y no es casual, desde luego, que me saliera un poco metafísico, filosófico y puede que algo didáctico. Un cuento metafórico, en suma. Y como mi receptor era un gran aficionado a los animales, le conté un cuento de animales, y éstos son necesariamente simbólicos.

El protagonista, en el umbral de la adolescencia, tomaba la forma de varios animales y, luego, recuperada la forma humana, era llevado ante un tribunal en el que era interrogado. Si contestaba adecuadamente, era ya hombre para siempre, de lo contrario, aquella pasajera condición animal se hacía definitiva. En este recorrido que el niño hacía por los cuerpos y las almas de distintos animales era, evidentemente, su aprendizaje de la vida humana, y así titulé el relato *El recorrido de los animales*.

Como siempre sucede con cuanto se escribe, se descubren muchas cosas en el proceso, y en aquel relato hecho en principio con el afán de entretener, vertí muchas opiniones sobre las que tiendo a reflexionar y que nunca, sin embargo, me había atrevido a formular. Me pregunto si en el origen de la vida humana no habrá una prueba como aquella y si no habré conocido una vida anterior encarna-



LAS MIL Y UNA NOCHES, J. J. DE OLANETA, 1998.



LEOPOLDO PITA, EL RECORRIDO DE LOS ANIMALES, PRE-TEXTOS, 1996.

da en distintos animales, porque a veces tengo la impresión de haber conocido algo fuera de la vida que conozco, algo, en fin, que no tiene nada que ver con ella.

El caso es que aquí estoy, convertida en persona, tras haber pasado la prueba, y debo pensar que, asimismo, todas las demás personas que habitan en el mundo también la pasaron. La influencia de

su anterior vida de oveja, serpiente, zorro, cachalote, cisne o delfín es tan evidente en algunas personas, que me pregunto si el tribunal que las interrogó no tuvo que hacer en algunos un alarde de magnanimidad para devolverles definitivamente la condición humana.

Uno de los puntos cruciales de la prueba, que en el momento de escribir

aquella versión del relato no advertí, era dar con el número adecuado de vidas de animales por las que pasar. Mi protagonista se encarna en seis animales y, puesto que pasó la prueba, la cifra resulta indicativa. Haber acumulado, por ejemplo, veinticinco vidas de animales en un plazo que debía rondar los dos años, hubiera supuesto no conocer a fondo ninguna. Por el contrario, no conocer más que una vida animal hubiera sido un caso excesivo de conformismo, de absoluta falta de curiosidad, y la posibilidad de comparar y aprender hubiera sido nula. Se trataba, pues, de probar un número suficiente de vidas animales para poder tener una adecuada perspectiva.

Si me propusiera retocar el cuento, cosa que ya hice cuando se reeditó hace un par de años pero que no volveré a hacer, no lo acabaría nunca, lo que indica que estoy dispuesta a seguir pensando en todo aquello que me llevó a escribirlo, porque ésa es la naturaleza de los cuentos. En suma, era la necesidad de dar una interpretación a la existencia, la necesidad de la metáfora, la que me empujó mientras intentaba entretener al niño de 8 años que era mi interlocutor, mi hijo Gustavo, y es lo que me empujó cuando con mi imaginación fui ensanchando y transformando la historia hace unos años, y la reescribí para dejarla cerrada. En este momento, Gustavo tiene 21 años y el libro es para él y, de ahora en adelante, creo que le va a servir para todas las etapas de la vida. Y esta es una de las funciones de los cuentos.

### El misterio de la vida

En nuestro desconcierto, más aún, en los primeros años de nuestro desconcierto, nos gusta escuchar historias que nos hagan vislumbrar leves rendijas por donde se filtre un sentido sobrenatural y mágico, un mundo remoto del que vinimos y al que volveremos, un poder y una gloria que no nos pertenecen. Luego, vamos creciendo y nos apartamos de esos territorios en los que las palabras sonaban con inocencia y muy raras veces volvemos a los cuentos... Sospecho que ya estaba en ellos esta predicción y tengo ahora la impresión de que en esas primeras palabras de las que nos hemos ido

alejando, en las primeras historias que nos contaron o que hubiéramos deseado que nos contaran, en los cuentos que no

hemos sabido contar en el momento necesario, está la clave de todo lo que nos empuja todavía. Y he concebido, final-

mente, la sospecha de que todo lo que hemos escrito desde entonces no haya sido, no sea, sino una especie de reparación, un sucedáneo.

Pongo, por ejemplo, el caso del relato de Saint-Exupery, *El pequeño príncipe*, que es un libro que se descubre más bien en la madurez, quizá no tanto en la infancia, y la lección que sacamos de él es que tal vez, a lo largo de la vida, en lugar de seguir aprendiendo, desaprendemos. Y el pequeño príncipe decide quitarse del medio, decide volver o conservar su mundo idílico. Cada relato, cada novela, cada cuento, yo creo que ofrece, a su modo, una metáfora de la vida, lo que es absolutamente necesario. Es un intento de aproximarnos al misterio, y si no a desvelarlo, lo que sería una pretensión imposible, a vislumbrarlo.

Los escritores de ficción, cuando hablamos de nuestros propósitos, hacemos cierta referencia a ese misterio de la vida, admitiendo que efectivamente no se sabe dónde reside, porque sólo se presente alguna vez, y sólo podamos evocar el fugaz pero intenso consuelo que produce. Tal vez, no se trate más que de una ilusión, de una proyección de nuestros deseos, pero incluso si no es más que una visión hay algo misterioso en ella. ¿Por qué la tenemos? En una ocasión en que, seguramente con insistencia, yo había hecho referencia a ese misterio, el misterio de la vida, y creo que fue en la cercana ciudad de Oviedo, me preguntaron si podía concretar algo más, cuál era, en fin, el tan traído y llevado misterio de la vida, lo cierto es que no supe responder. Mi capacidad de respuesta en los coloquios es por desgracia algo escasa y me temo que me perdí, también en aquella ocasión, en un laberinto de confusiones y redundancias. En cambio, para mi admiración y envidia, uno de los escritores que me acompañaban —era una mesa redonda— dijo algo muy interesante: que él pensaba que, en realidad, todos los hombres éramos uno, por lo cual, cada una de las personas que andábamos por ahí, en el mundo, no éramos sino manifestaciones de la unidad y sólo así podía explicarse que fuéramos tan diversos y que la vida fuera para algunos desafortunada y triste, mientras que para otros fuera provechosa o feliz.

Sólo entonces, pero sólo internamen-



LAS MIL Y UNA NOCHES, J.J. DE OLANETA, 1996.

te, salí yo de mi torpeza y de mi inmovilismo y recordé cosas que yo misma había escrito sobre este trascendental asunto del misterio de la vida, sobre el que me acababan de interrogar. En realidad, *El recorrido de los animales* trata de esta enigmática cuestión y, además, en aquel mismo momento en que enmudecí o respondí con vaguedades, el borrador de un manuscrito centrado en estos temas descansaba sobre la mesa escritorio del hotel. Había empezado a escribir este relato en verano, ya era casi primavera, en medio del insoportable calor madrileño. En aquellos laberintos metafísicos había hallado un cómodo refugio y me había perdido, muy a gusto, por senderos que iban y venían por estas grandes cuestiones: la contingencia —¡qué palabra!— de los seres humanos y su necesidad de inmortalidad. Allí, en el manuscrito que me aguardaba en mi habitación, creo que era el año 1991, estaba o trataba de estar, la respuesta que yo hubiera podido dar a la pregunta del coloquio.

En él había esbozado, mientras hilvanaba una historia, mientras trataba de descubrir a mis personajes, una interpretación aproximada del misterio de la vida. Mi personaje central era un disidente de las normas que imperan en el cielo, la primera de las cuales era que los seres humanos conocían el plazo de sus vidas. Este personaje obtiene, aunque arduamente, el permiso divino de experimentar la norma contraria en un hombre y se va a la tierra a buscarlo, también arduamente. Lo encuentra, y el experimento se realiza y, finalmente, los habitantes del cielo aprueban, al cabo de muchos siglos, la nueva norma: los seres humanos no conocerán el plazo de sus vidas. Efectivamente, éste es el período histórico que estamos atravesando. Surge, entonces, un nuevo disidente, que propone que los hombres nazcan ya inmortales, y el cuento concluye cuando Dios manda a este disidente a la Tierra en misión especial.

Tobías Caluga, mi melancólico protagonista, sabe que esa norma, la inmortalidad, se acabará aprobando e intuye la fase posterior: los hombres inmortales querrán equipararse a Dios. Acecha la soberbia, la caída.

Ésas eran las fechas en las que yo es-

taba escribiendo la novela que luego titulé *Si al atardecer llegara el mensajero*. Puede que, efectivamente, el misterio de la vida ande por ahí. Reencarnación, unidad, vidas mortales, inmortales, ambición, soberbia... A fin de cuentas, el gran ejercicio que predicán todas las religiones es el mismo: humildad. Por lo cual el misterio de la vida sigue siendo un enigma para el que sólo podemos tener interpretaciones.

Sea como fuere, me quedé callada cuando me lo preguntaron, y sospecho que no fue por humildad. Fue porque en aquel momento me olvidé de estar escribiendo ese relato. Siendo algo que viajaba conmigo, quedó sepultado. En la soledad de mi habitación del hotel, no pude por menos que reflexionar sobre mi silencio y si llegué a alguna conclusión fue que no encuentro respuesta al misterio de la vida, a pesar de que el Dios de mi relato y mis queridos personajes deambulan aún a mi alrededor. ■

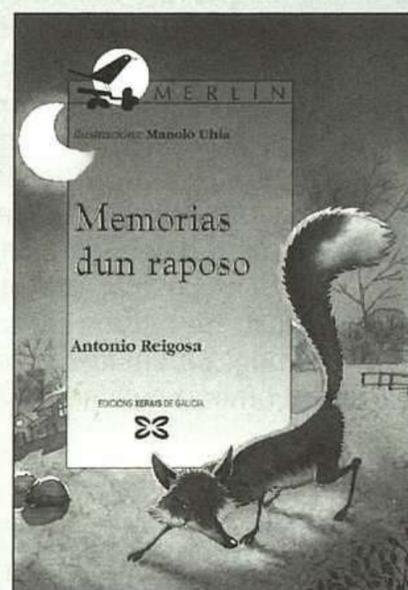
## Bibliografía (selección)

- Bandido doblemente armado*, Barcelona: Anagrama, 1987.
- Burdeos*, Barcelona: Anagrama, 1988.
- Sombra de una noche*, Madrid: Anaya, 1991.
- Todos mienten*, Barcelona: Anagrama, 1992.
- La corriente del golfo*, Barcelona: Anagrama, 1993.
- La vida oculta*, Barcelona: Anagrama, 1993.
- Si al atardecer llegara el mensajero*, Barcelona: Anagrama, 1995.
- El recorrido de los animales*, Valencia: Pre-Textos, 1996.
- Recuerdos de otra persona*, Barcelona: Anagrama, 1997.
- Una vida inesperada*, Barcelona: Anagrama, 1997.
- Gente que vino a mi boda*, Barcelona: Anagrama, 1998.
- La señora Berg*, Barcelona: Anagrama, 1999.

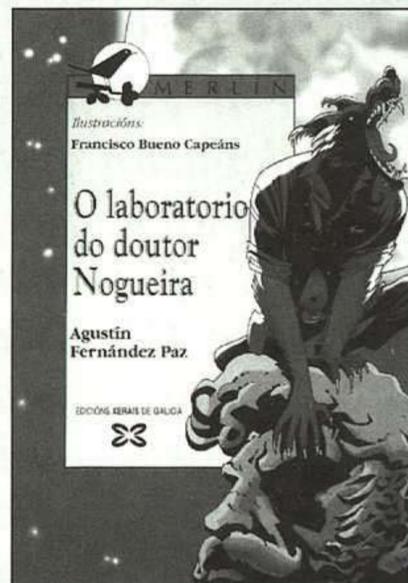


# MERLÍN

Os mellores libros  
para  
os mellores lectores



**Memorias dun raposo**  
Antonio Reigosa  
Premio Merlín, 1998



**O laboratorio do doutor Nogueira**  
Agustín Fernández Paz



Dr. Marañón, 12.  
Tif. 986214888/214880 - Fax: 986201366  
Enderezo electrónico: xerais@xerais.es  
<http://www.xerais.es/>  
36211 - VIGO

X E R A I S